

**PREMIER**  
Primera edición

Cristina

Pedro Zamora

Rosie Pérez

# POZ

EN ESPAÑOL

**POZ**ibilidades:

Inhibidores,  
inmigración,  
nutrición,  
acupuntura  
y mucho más

Las enfermedades  
oportunistas y su  
tratamiento

Carga viral: ¿Qué  
significa?

*"El  
activismo  
me ha  
salvado  
la vida"*

# A Viva Voz

Marina Alvarez afirma que estamos viviendo una guerra

Verano 1997

Salud, Esperanza & SIDA

Poz

# LA NIÑA QUE ANTES CALLABAN, AHORA HABLA ANTE EL MUNDO

MARÍA HINOJOSA

“ ¡Cállate Marina! ¡Tú sabes que los niños sólo hablan cuando las gallinas mean! ¡Tú no tienes nada importante que decir, así es que cállate!”

Así recuerda Marina Alvarez que le decían de niña. Una y otra vez, le

fueron quitando su voz, su derecho a hablar, a sentir, a exigir.

Pero eso fue hace muchos años, y como ella misma me dijo el día que nos conocimos: “¡Ay María, pero tanto ha cambiado desde entonces!”

Efectivamente, mucho ha cambiado. Tanto así que Marina Alvarez, la niña que antes callaban, ahora es reconocida no sólo en su comunidad del Bronx y en Nueva York, sino a nivel mundial como la voz de la mujer latina que es VIH positiva. Ahora habla en radio y televisión, en foros locales y en reuniones internacionales sobre el SIDA.

“Pero este reportaje que vas a hacer — me corrige desde el momento que me saluda — no es ni debe ser solamente sobre mí. Tienes que escribir sobre las mujeres. Todas las mujeres que somos VIH positivas. Mi historia podría ser como la de cualquier cantidad de mujeres latinas que somos VIH positivas. ¡No soy única ni especial!”

Pues sí y no. Conocer a Marina me ha cambiado la vida. Ella será

desde hoy parte de mi familia. En mi corazón sé que Marina es especial.

Pero es verdad que no es única. En los años sesenta y setenta, como muchas otras jóvenes, Marina experimentó con drogas. Se volvió adicta y luego delincuente. Estuvo en la cárcel. Se puyó tantas veces con jeringas de heroína hasta que ya no tuvo venas donde puyarse. La droga fue una forma de buscar la aceptación de sus amigos, de buscar reconocimiento. Pero a fin de cuentas, la droga y la adicción la dominaron.

“Quería tanto dejar de hacer eso. Todo lo bueno en mí luchaba por dejar la droga, pero era más fuerte que yo. Me acuerdo una vez que lloré cuando me inyectaba porque no quería hacerlo. No quería, pero mi adicción era mucho más poderosa.”

Hace algunos años Marina empezó a cambiar, a tomar control sobre su vida y a buscar su voz. Su propia poderosa voz.

Habíamos estado juntas tan sólo 15 minutos y ya sabía que Marina era una hermana, una compañera a la cual le podía contar cualquier cosa sobre mi vida o hacerle cualquier pregunta sobre la suya. Quería saber sobre el momento en que empezó a cambiar, cuándo comprendió que tenía el poder, el derecho a hablar.

“En 1985, cuando estuve en la cárcel, una amiga con SIDA se estaba muriendo en una celda. Oí a los guardias que estaban apostando”. Las lágrimas empiezan a caer de sus ojos. Le doy un kleenex y le sobo la

## Marina Alvarez y su voz poderosa

NUESTRA PORTADA  
POR  
María Hinojosa

*“En el proceso de aceptar su nueva realidad... Marina*

espalda. "Imagínate, María — continúa entre lágrimas —, estaban apostando sobre el día que mi amiga se iba a morir! Apostando! No lo creía. Nunca había sentido semejante dolor, debilidad e impotencia. ¿Y qué podía hacer estando presa? ¿Podía insultar a los guardias? ¿Defender a mi amiga? ¿Darle fuerzas para combatir la enfermedad? Nunca me había sentido tan vulnerable y ante el SIDA sentí eso".

¿Y qué pasó?, le pregunto.

"En ese momento mi corazón supo que algo horrible nos estaba pasando. Nunca había visto tal odio y discriminación. Tomé la decisión de que la próxima vez que oyera semejante actitud sobre el SIDA iba a decir algo, sin importar las consecuencias."

**S**u amiga murió dos días después. Luego de varias semanas otra compañera agonizaba. Los guardias no pensaban llevarla a la enfermería. No la querían tocar porque tenía SIDA. Marina decidió que eso no podía seguir igual, así que desafió a los guardias, a las reglas y al poder y junto con otra presa cargó a su amiga

al hospital. A Marina la encerraron en un calabozo solitario por cinco días, pero enfrentó al poder, encontró su voz defendiendo a los que tenían SIDA.

Todo eso pasó antes de que Marina se enterara de que ella también estaba infectada por el mismo virus que estaba matando a sus compañeras en la cárcel.

Tal y como me había dicho, esta historia no iba ser solamente sobre Marina. Durante nuestros días juntas, me llevó a conocer a otras mujeres latinas que forman parte de su vida y que están batallando contra el SIDA.

Conocí a su prima Kathy quien, según Marina, está en la última etapa de su vida. Tiene 31 años y es madre. En total son seis personas en la familia de Marina que son VIH positivas, cuatro son mujeres. Tres ya murieron. El único hermano de Kathy murió apenas hace un año.

Marina llega y saluda a Kathy con un abrazo fuerte y un beso. En menos de un minuto ya

están contando chistes y riéndose. Marina la regaña porque tiene el pelo despeinado.

"¿Cuáles pelos?", dice Kathy. "Los tres pelos que me quedan no me importa si están parados. ¡Péinate tú!". Las dos se echan a reír a carcajadas.

Al contrario de Marina, Kathy nunca usó drogas, nunca ganguéó en la calle, tuvo un solo esposo. "Seguí mi vida al pie de la letra — dice Kathy — y mira lo que me pasó".

Luego Marina y yo hablamos sobre por qué tantas mujeres buenas como Kathy se encuentran enfrentando el SIDA.

"Mira en dónde vivimos, en condiciones que nunca dan esperanzas. Nuestros barrios son los mercados de drogas para los que vienen de otras partes, desde los suburbios, a comprarlas. En las escuelas, las mujeres latinas nunca aprendemos sobre ejemplos que nos sirvan de modelo. No hay nada que nos ayude a creer en nosotras mismas. Y aunque tenemos muchas mujeres latinas que somos inteligentes, no lo creemos. Con nuestra autoestima tan baja tomamos decisiones malas o escogemos los hombres equivocados, hombres que no están allí para nosotras. Ni siquiera nos apreciamos lo suficiente para exigirles que usen un condón."

Pero no solamente es eso, continúa Marina.

"También tenemos tradiciones culturales que le dicen a la mujer que está aquí para servirle al hombre, que hay que darle lo que él quiere porque eso es lo que hace una buena mujer latina. La Iglesia nos dice que el condón es pecado. A nosotras se nos inculca que estamos en este mundo para servir y hasta para sufrir."

Marina me cuenta sobre una mujer que sabiendo que su esposo era VIH positivo no le pedía que usara condón. No lo quería hacer sentir mal. "Es común que la mujer latina busque apovo y su razón de ser a través de un hombre, en lugar de creer en sí misma. O nos ahogamos en las drogas para amortiguar nuestro dolor, nuestro dolor de no poder ser, de no poder existir, de no tener voz."

Salimos de visitar a Kathy y siento rabia. ¿Cuánta gente en este país no tiene la menor idea de cómo el SIDA está cometiendo un



"Nosotros tenemos mucho que dar. La gente aprendería mucho de nosotros si tan sólo perdieran sus miedos y prejuicios."

se ha transformado... Y esto, le ha salvado la vida."

*“Encontró el poder, encontró  
su voz defendiendo a los que  
tenían SIDA.”*



*"Su activismo  
sirvió no  
solamente para  
ayudar a su  
comunidad, sino  
para cambiar su  
propia vida."*

NUESTRA  
PUNTA



genocidio en nuestras comunidades? ¿Para cuántos periodistas ya la historia sobre el SIDA es una historia vieja, particularmente ahora que el SIDA está arrasando en comunidades de gente de color? "Ponen más atención a las guerras — dice Marina —, pero lo que estamos viviendo es una guerra. Me pongo a pensar en la gente de Bosnia. Ahora sé lo que han de sentir. Un día estás con tus amigos, te despides de ellos y al otro día te enteras que tiraron una bomba y cinco de ellos murieron. Estoy viendo a gente que son mi familia o que son amigos y los veo que se mueren uno tras otro. A veces dos se están muriendo al mismo tiempo. Doy lo que puedo dar, regreso a mi casa, duermo y me levanto para seguir en lo mismo al otro día, porque al siguiente viene más".

Nos encontramos en las oficinas del Departamento de Servicios de SIDA en el Bronx. El edificio es viejo, mugroso y apesta. Hay guardias por todas partes. La gente se ve cansada, triste. Me imagino que si esta oficina sirviera a otra comunidad (más rica, por ejemplo) no estaría en estas condiciones. Este sitio te hace sentir como si fueras un animal. La falta de humanidad me golpea.

"El sistema está creado así, para mantenernos oprimidos", dice Marina, quien aquí no es la famosa activista que busca o espera tratamiento especial. No, aquí es cualquier mujer latina con VIH y sabe de cómo tratar a la gente. Desafortunadamente, me dice, nos tratan mal. Mal, mal, mal.

Hace varios años, frente a esa realidad Marina se convirtió en activista. Fue parte de su desarrollo como mujer buscando su voz y su poder. Se enteró del grupo ACT UP, activistas que hacían desobediencia civil para llamar la atención sobre el SIDA. En aquel entonces Marina era la única mujer latina en reuniones llenas de hombres de clase media que eran blancos y gays. No le importó ser la única. Ellos tenían información que ella y su comunidad necesitaban. Iba a las reuniones, se llenaba los brazos de folletos y artículos y los traía en *subway* hasta su barrio. Se ponía en el teléfono y corría la voz sobre lo que ella aprendía en las reuniones.

Su activismo sirvió no solamente para ayudar a su comunidad, sino para cambiar su propia vida.

"Hay muchos latinos cerrados a cosas nuevas. Me sentía rara siendo la única mujer latina en esas reuniones, pero sabía que tenía que estar allí. Recuerdo la primera manifestación cuando me dijeron que se iban a dejar arrestar por la policía. ¡Nunca había oído algo igual! Yo pasé toda mi vida huyéndole a la policía y ellos iban a dejar que les pusieran las esposas y que los encerrarán. Pero vi más allá de mi propia forma de ver la vida, de mi propia historia, y entendí que estábamos luchando por la misma cosa. Pude ver más allá de nuestras diferencias."

En esa manifestación Marina vio por primera vez a dos hombres besándose. Y dice que en ese momento tuvo que enfrentar su propia homofobia.

"Tuve que enfrentar todo lo que me habían dicho y enseñado sobre los homosexuales — que eran malos, patos—. Al principio me sentí rara, pero después me di cuenta que lo que estaba viendo era a dos seres humanos que se querían, uno estaba muy enfermo de SIDA y su amante lo estaba cuidando y besando con mucho cariño. Al final de cuentas dejé todos mis prejuicios y eso fue lo que vi. Dos seres que se amaban."

Marina se acuerda del día en que una reportera que conoció en ACT UP le preguntó por qué no creaba un grupo similar en el Bronx. "Le respondí que si nosotros hiciéramos ese tipo de acciones en el Bronx no sólo nos meterían a la cárcel, sino que nos enterrarían debajo de la cárcel; no nos dirían activistas sino militantes, y no seríamos como ACT UP sino más bien como los *Black Panthers* o los *Young Lords*".

**E**n vez de eso Marina participó en otro tipo de activismo que ayudó a que muchas otras mujeres latinas encontraran sus voces.

Se trató de un grupo llamado Salud y Fuerza (*Health Force*), que tenía el propósito de capacitar a mujeres afectadas o infectadas por el SIDA para hablar francamente en sus comunidades sobre lo que es esta enfermedad. Se iba a los salones de belleza, a las lavanderías, a los supermercados. Decenas de mujeres descendiendo por las calles del Bronx, hablando no con temor ni miedo sobre el SIDA, sino con la verdad.

"Movilizamos a las mujeres con nuestras propias voces y experiencias. No éramos gente extraña que venía de afuera a hablar de algo tan íntimo como el sexo seguro. Éramos mujeres hablando con mujeres iguales que nosotras. Fue un activismo absolutamente apropiado para nuestras comunidades."

"Con *Health Force* aprendí a creer en mí misma, a expresarme y a ser efectiva con mi propia voz. Aprendí qué era lo que tenía que hacer para que mujeres como yo fuéramos escuchadas, para que fuéramos visibles. Lo mejor fue que todo eso pasó con un grupo de mujeres iguales a mí. Nos dimos cuenta que no estábamos solas y que en la unión de nuestras voces estaba la fuerza."

En el proceso de aceptar su nueva realidad de una mujer latina VIH positiva, Marina se ha transformado de una mujer callada y cerrada a una mujer abierta. Y esto, según ella, le ha salvado la vida. Ya tiene doce años viviendo con el virus.

"Hoy en día estoy dispuesta a probar y vivir muchas cosas nuevas, cosas que nunca me imaginé me interesarían. Hago meditación, he rezado con los budistas, uso medicinas naturales y acupuntura, le rezo a Jesucristo pero también a Yemayá. Mi vida está abierta a todo tipo de gente — gays, negros, latinos, judíos —, estoy abierta y esta forma de ver la vida me hace crecer como persona. Comparto esta información y esta forma de vivir con mucha gente. Esa es una de mis formas de ser activista."

Ahora Marina mantiene su salud cuidando las tres partes de su ser: la mental, la física y la espiritual. Comparte conmigo una de las fórmulas que hace muchos años usaba para bregar con el virus. "A veces llegaba a mi casa cansada, sabiendo que tenía que seguir en mi papel de mamá para mis tres hijos. Entonces, antes de entrar le decía al virus: 'Mira, virus, hoy te tienes que quedar aquí afuera. Voy a entrar a la casa a cuidar a mis hijos, a cocinar y a lavar. Así es que hoy, virus, te quedas aquí afuera y te veo mañana'. Y suena loco, pero funcionaba".

El último día juntas, Marina me lleva a conocer a otra de sus mejores amigas. Gabriela tiene 33 años, ya casi no se puede mover ni hablar, pero

“¿Para cuántos periodistas ya la histor

conserva el espíritu de luchadora. Los doctores le dijeron que tenía tres meses de vida. Eso fue hace nueve.

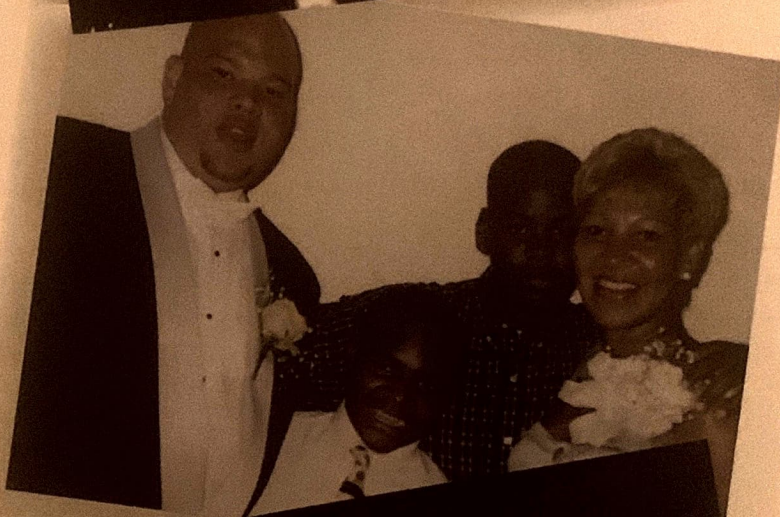
Le pregunto a Marina si no es difícil ver tanto sufrimiento. Emotiva, responde: "Hay mucha gente que nos tiene miedo pero no se dan cuenta de todo lo que nosotros les podemos dar. No ven todo lo positivo que podemos darles. Cuando estoy cuidando a mis amigas que están enfermas, ellas me dan la fuerza para seguir adelante, porque frente a una situación donde quizá no hay esperanzas, ellas encuentran la fuerza para seguir adelante, con ánimo. Eso me da fuerza a mí. Esa energía me nutre. Nosotros tenemos mucho que dar. La gente aprendería mucho de nosotros si tan sólo perderan sus miedos y prejuicios. Al final de cuentas, son ellos los que salen perdiendo, porque ellos están cerrados a esta experiencia".

Marina ha perdido muchos miedos en esta vida. No quiere decir que no los tiene. Claro que tiene miedo. Pero ahora ha aprendido cómo no dejar que el miedo controle su vida. Ahora expresa lo que quiere cuando quiere. Se dio cuenta que como mujer tiene deseos y que ha encontrado el cariño de sus compañeros. Se dio cuenta que los ricos no tienen el derecho de mandar en su barrio y que los activistas blancos no siempre saben lo que es mejor para la comunidad latina.

"Nadie nos tiene que tratar paternalistamente para darnos poder. Ya somos poderosos. Lo que necesitamos es justicia para que nosotros mismos manejemos los recursos en nuestras comunidades. Necesitamos programas que tomen en cuenta nuestra cultura, mas no tienen que venir de afuera para dirigir esos programas, en nuestros barrios tenemos gente calificada, inteligente y capacitada."

Ahora a Marina le llaman de todas partes del mundo para saber lo que piensa, lo que tiene que decir. En su propia familia ahora siempre le preguntan: "¿Y tú que piensas, Marina? ¿Tú que crees? ¿Tú que dices, Marina?"

Parece que las gallinas están meando. Muchas pero muchas gallinas están meando. ■



De arriba a abajo:  
Marina con Cristina,  
rodeada de su familia  
y con Moisés Agosto.